

YEMEN, AÑO V



EL
PATERNALISMO
EGIPCIO
ES MAS
DIFICIL
DE SOPORTAR
QUE SU
PRESENCIA
MILITAR

El imán del Yemen, El Badr. Abandonado por numerosos príncipes y jeques, gusta todavía de hacer demostraciones de un ilusorio poder. El «virrey de Allah» tiene aún un poder espiritual, decadente y simbólico. Nulo.

El rey Faisal de Arabia y el presidente Nasser de la R. A. U. Faisal, un feudal ilustrado, es el trampolín monárquico del imán yemenita. Los egipcios constituyen en el Yemen un muro de contención contra el imán, al norte, contra Faisal; al sur, contra el neo-imperialismo británico que amenaza en Aden. Sallam se inspiró en las obras de Nasser cuando estuvo en prisión.



El ejército regular yemenita cuenta con once mil hombres.

DESDE LA ZONA REPUBLICANA QUE LOS REALISTAS PRETENDEN DOMINAR.—La meseta rocosa de Beiret se eleva sobre las largas casas blancas de tres o cuatro pisos de la ciudad. Beiret está al norte del Yemen, a unos kilómetros de Arabia Saudita, en una zona atribuida con frecuencia a los monárquicos desde 1962, Año I de la Revolución.

Quinientos guerreros están reunidos en la meseta, entre fortines en los que se amontonan cajas de municiones y ametralladoras. A lo lejos, las colinas pardas formando terrazas, campos divididos por murillos de piedra seca al pie de las montañas azul pizarra.

El panzudo helicóptero egipcio desciende.

Los guerreros se enloquecen, empiezan a dar vueltas. Aclaman al helicóptero al posarse. Después se ponen en fila. Bienvenida.

—Sallam alekoum.

—Alekoum sallam.

La cortesía de las tribus es milenaria, como lo han sido hasta 1962 su miseria, su tracoma, su extraña sífilis, sus muñones leprosos.

La buena educación exige que cada guerrero sea saludado. Los dos coroneles egipcios estrechan las manos. Con frecuencia los guerreros besan las mejillas, las manos, el hombro izquierdo de los coroneles.

Cada guerrero lleva sobre el vientre, al lado de una bolsa de azúcar, de té o de sal, la jambiyah,



un tercio de los cuales son oficiales. Para cuatro o cinco millones de habitantes el ejército es muy pequeño, pero los egipcios no quieren el desarrollo del Yemen.

el largo puñal curvo yemenita, que constituye su fortuna, lo mismo que los dientes de oro constituían la de las mujeres de los barrios chinos de África del Norte. Los jóvenes —los guerreros del Yemen tienen entre doce y cincuenta años— poseen una *jambiyah* de madera y un fusil de verdad. Hay Enfield ingleses, Garant americanos, ametralladoras rusas, pistolas checas. La mezcla es producto de cinco años de guerra civil, de un asedio de corrientes y contracorrientes coloniales que no terminan hasta el lejano Este, donde el Yemen no tiene frontera sobre el mapa, en las arenas de Ar' Rab' al Khali, el «cuarto desierto» de Arabia. Interrogué a un guerrero de cabellos rizados, con el ojo bordeado de azul. Huele a esencia de rosas. Su mirada es ardiente. ¿De fiebre tuberculosa? Cuando nació tenía, como cualquier yemenita, un diez por ciento de posibilidades de convertirse en tuberculoso.

—¿De dónde viene este fusil?
—Fui a buscarlo a Najran...
Un poco más arriba, Najran, en Arabia Saudita, es desde 1962, gracias al feudal ilustrado Faisal, uno de los trampolines monárquicos del Imán El Badr. Muchos guerreros, republicanos recientes, reconocen amablemente que han pedido un arma y algunos tóleros de plata María-Teresa —la moneda monárquica— a El Badr, para venir o volver al servicio de la República. La República paga bien y distribuye arroz, millo, trigo y, según se decía, medicinas.

república: sallal y nasser

Aquí, como a través de todo el norte y el noroeste del Yemen, zonas críticas y disputadas, la República recompensa y provoca la fidelidad: cada guerrero recibe veinticinco riyals —unas mil doscientas pesetas— por mes. Nadie sabe cuántos jeques hábiles se hacen pagar por los dos bandos. La República dosifica y destila la democracia: el coronel-gobernador de treinta y cuatro años, que manda la región que va de Sakda al Djouf es nombrado por el poder central, allá lejos, al sur, en Sanaa. Los jeques empiezan a ser nombrados por elección, lo que no impide que muchas veces los elegidos sean los jeques tradicionales.

—Pero si un día nuestro jeque deja de gustarnos, tomamos otro —dice gravemente un guerrero viejísimo, vestido con un caftán y una vieja gorra de la R. A. F.— Así es mejor.
Su jeque es un jefe tradicional, elegido y confirmado.
Para demostrarnos que el sentimiento republicano está arraigado, el gobernador-coronel hace lanzar unos gritos:
—¡Gomhouria!, ¡Gomhouria! ¡República!
Un día, un cretino —seguido por todas las agencias de prensa— contó que las tribus no apreciaban la República, porque la palabra es femenina. Pero «monarquía» también es femenino en árabe.

El gobernador hizo gritar el nombre del presidente de la República:
—¡Aish as Sallal! ¡Viva Sallal!
Y también, con frecuencia:
—¡Yaya Nasser! ¡Viva Nasser!
República, Sallal, Nasser: en todo el Yemen republicano, estos son los tres pilares de la sabiduría, frecuentemente con el orden jerárquico inverso. Desde hace meses ya no hay guerra en el Yemen. Sin embargo, tampoco hay paz. Se trata más bien de una larga tregua, de una especie de armisticio que funciona a favor del campo republicano y egipcio. De cuando en cuando, raramente, los egipcios bombardean un pueblo ocupado por una banda monárquica. De cuando en cuando, unos fieles de El Badr disparan contra los muros de una guarnición egipcia; contra los de Hajjah, por ejemplo.
A más de 2.500 metros, Hajjah la blanca, con sus palacios de ladrillo cocido, de tierra seca, adornados con arabescos de yeso y madera, en un paisaje de granito, de basalto verde, gris amarillento o rojizo, es la capital religiosa del Yemen. Para llegar a Sanaa, la capital, hacen falta cuatro días de marcha a pie a lo largo de los «oueds» y por encima de volcanes fríos. El Badr dominaba Hajjah hace cuatro años. «Quién domina Hajjah domina el Yemen», dice un refrán.
Un cantante ciego canturrea: «El Yemen es la prisión del mundo y Hajjah es la prisión del Yemen». La República domina Hajjah.
En la prisión antigua, museo de la cruel- **SIGUE**

CAMISA



MODELO

new york



CUELLO CONVERTIBLE PARA UN USO MAS COMPLETO



LA UNICA CAMISA ENTALLADA AL CUERPO

la última
novedad de esta
temporada



seixbarra

KAS, naranja o limón, le gusta frío (¡muy frío!)

DIVISA, BATES & Co.



¡...pero el sabor lo da la fruta!

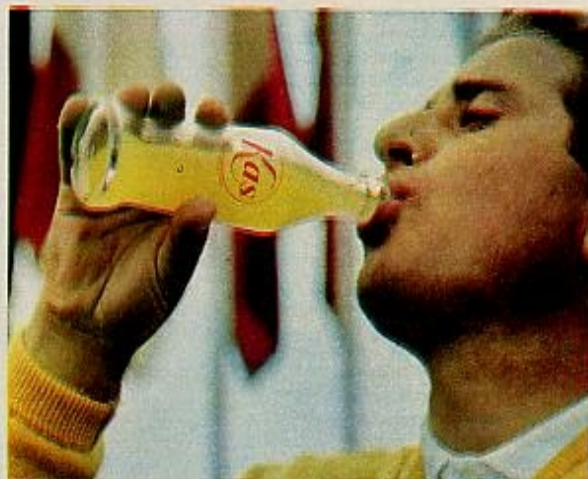
Porque KAS, naranja y limón, es zumo puro de fruta... ¡y nada más!
Cuando Vd. toma un KAS de naranja o limón,

solo o combinado, recibe pura fruta natural, ¡pura naranja o limón embotellado! ¡KAS, que cantidad de zumo de fruta fresca!

Ramon Sota

un as del golf español, dice...

Prefero Kas porque es el refresco ideal para todos los deportistas. Kas es verdaderamente limón y naranja
Ramon Sota



¡Los campeones prefieren KAS!



Yemen, situado al sur del desierto árabe, es hoy otra de las encrucijadas en ebullición del mundo.

dad fuera de servicio, el caído Abdallah El Khoutani muestra la celda en la que el mariscal Sallal pasó siete años. Allí meditó, según parece, sobre la historia de la Revolución francesa, y sobre las obras de Gamal Abdel Nasser.

Las mazmorras están vacías, a excepción de una que alberga a un asesino apático, siempre con su Corán y su pipa de agua. El caído hace admirar, con el horror que es de rigor, la colección de pesados hierros destinados en otros tiempos —hace cinco años— a los prisioneros del imán. Pero el caído no piensa quitar esos hierros al asesino. En una revolución, la práctica de la justicia está frecuentemente en retraso respecto de la teoría.

Unos guerreros nos llevan al despacho del imán. Cantan roncamente, con convicción:

«Mañana El Badr no será nada,
Mañana le mataremos,
Y será comido por los perros»

Salmodian, quizá en un tono un poco menos espontáneo:

«Construido en paz con Sallal;
Deseamos el progreso;
¡Oh! ¡Cuánto amamos a Sallal!»

«¡Pues claro que sí!» —me dicen los coroneles Rahman y Ahawkat, dos oficiales nasseristas cuyo revolucionarismo está a punto de reconciliarse con los militares—. Pero, ¿puede exportarse la revolución?

Creo que en el ambiguo Yemen de las altas mesetas y de las montañas la gente sabe estar en contra del imán sin ponerse a favor de Sallal. Lo mismo que los monárquicos saben ser partidarios de El Badr sin ser partidarios de su vuelta al poder.

En la costa, a lo largo del Mar Rojo, todo el mundo es republicano sin ambigüedad. En la gran sala del palacio, en torno de las rituales cocodras y a los melocotones en almíbar llegados de Formosa, se muestra LA TRAMPA: hace sólo diez años, después de reunir a sus notables, el imán hacía surgir de esta trampa guardias forefrescentes. Era impresionante. Se decía: «El imán es Djinn, el imán es el demonio».

Ahora, sentados en sus cojines, los jeques se mueren de risa mientras cortan el aire con nobles gestos:

¡Pzuff, imán, Pzuff! Se acabó el imán.

Al imán casi no le quedan poderes temporales en el Yemen. Pero su poder espiritual flota en el aire, como un regusto perfumado de especias. Aquí la gente es zeidita. Para un musulmán de la secta zeidita, el imán era «virrey de Allah». Algunos zeiditas se preguntan si la oración es válida cuando el imán no está en el Yemen. Los shafeitas, la gente de la costa y los grandes egipcios no se plantean estas cuestiones teológicas. Pero para un zeidita emancipado, nada es tan bueno como los insultos para exorcizar al demonio-virrey:

—¡El imán El Badr tenía harenes! ¡Pero es homosexual!

—Ni siquiera es el que manda a los monárquicos que quedan. Es su primo Mohamed Al Husein.

—A su padre, el Imán Ahmed, le gustaba demasiado la morfina.

—¡Y los juguetes!

Pues sí, después de la revolución, en las dependencias del viejo imán se encontraron existencias de morfina y colecciones de juguetes complicados.

Un turco, macizo y fuerte, domina Hajjah. Su guarnición está compuesta por guerreros republicanos yemenitas y soldados egipcios. Pero son los egipcios quienes, en realidad, se han instalado en el fuerte. Los yemenitas parecen ser auxiliares, moghazzins de los egipcios-hermanos. Los cañones de 105 apuntan hacia las gargantas de Washra. Allí tuvieron lugar crueles combates en 1963. Quedan algunos monárquicos. A pesar de todo, si los egipcios siguen en Hajjah es más por su valor simbólico que por interés estratégico: «Quien domina Hajjah...»

La barrera egipcia

La gran verdad histórico-geográfica es que nadie puede dominar enteramente o administrar todo el Yemen, sus montañas, sus valles sin carreteras, sus desiertos verdeantes. Ni Sallal, ni el imán, ni Nasser.

De todos modos puede hacerse el balance a partir de abril de 1967. Todas las ciudades están controladas por la República, con o sin los egipcios. Estos tienen 50.000 hombres en el Yemen, casi un tercio de su ejército. Poseen importantes guarniciones en Sanaa y Taaz, en Hodeidah y Mocca. Aplican en la actualidad «la política del largo aliento». Implantados en estas ciudades, dejan los campos, los djebels y los restantes núcleos urbanos a sus aliados republicanos yemenitas. Saada, Shudyaf, Marib, Al Bayda, Ibb Kariat, Harad, están en manos de los republicanos, lo que no ocurría en 1964 o 1965.

El ejército regular yemenita tiene once mil hombres, un tercio casi de los cuales son oficiales, y cuenta con muchas unidades de la policía de seguridad fuertemente marciales bajo sus cascos azules.

Un republicano «Independiente», moroso, hostil a los egipcios en la actualidad, me dice:

—Once mil hombres para cuatro o cinco millones de habitantes es poco, ¿no? Nasser no desea un importante ejército republicano yemenita. Mire, la República Democrática alemana proponía entrenar y equipar a varias divisiones republicanas. Los egipcios se opusieron a ello... Hemos pedido

a Kossyguin que nos entregara armas directamente, pero la R. A. U. se ha opuesto.

Un consejero egipcio me explicaba, molesto:

—Hace falta tiempo para transformar a excelentes guerreros en soldados regulares pasables. Vale más instruir a pocos, pero hacerlo bien. Y dejar a disposición de la República decenas de millares de hombres de las tribus armadas.

Creo que los egipcios no tienen interés en proporcionar tanques a masas populares políticamente un tanto flotantes, incluso si se declaran y se muestran republicanas en la actualidad. Por otra parte, a los egipcios no les interesa tampoco ver llegar a instructores marxistas, aun si lo son rudimentariamente. Los egipcios reciben el material ruso y se quedan con el pesado. En manos yemenitas no he visto más que bazookas y algunas autoametralladoras. Sin embargo, me aseguraron que había pilotos y aviones yemenitas.

Fuera de las ciudades, la presencia militar egipcia es sensible, más que nada, en los desmontes de una de las dos carreteras asfaltadas que existen en el país: la que, como una serpiente celeste, sube hasta una altura de 3.500 metros y une Sanaa con Hodeidah, el puerto-pulmón del Mar Rojo.

La China comunista, muy prudente y perspicaz aquí, ha construido esta carretera. Gratuitamente, en la época en que el imán reinaba aún. Este desconfiaba de la carretera, de todas las carreteras. Lo mismo que de los transistores. Lo mismo que del cine. El imán tenía su razón: esta carretera. La carretera, fue el primer gran acto revolucionario después de la revolución aplastada en 1948 —la primera revolución del mundo árabe—; sin la carretera, los egipcios no habrían podido socorrer tan rápidamente, en 1962, a los revolucionarios yemenitas. En el Yemen, la revolución será, es, las carreteras, más la irrigación, menos los soviéticos, más la electrificación. Esperemos a que los chinos —siempre ellos— construyan la proyectada carretera de Saana a la frontera saudita. Entonces los monárquicos serán todavía más bzuff.

De momento, los egipcios están reducidos, incrustados, a lo largo de la carretera de Sanaa-Hodeidah. Como aquí prima el caqui militar sobre la chilaba, el camión sobre el burro o el camello, es inevitable el recuerdo de la atmósfera de «ocupación». Evidentemente, el Imán El Badr, aunque abandonado por numerosos príncipes y jeques en huelga de guerra, gusta de hacer demostraciones de su ilusorio poder: lleva a los periodistas a una de las grutas que le sirven de cuartel general, a 30 kilómetros de Sanaa. Estas grutas son sus Quemoy y sus Matsu. Lo que no impide que los egipcios o los republicanos circulen por la zona o hagan jiras campestres a ella.

Hace dos años yemenitas republicanos y realistas se reunieron en Harad para preparar un acuerdo. A la conferencia asistieron representantes de Arabia y de la R. A. U.: príncipe Abdulla Sedairy y general Farid Salama.





La vida en el Yemen ha sido medieval hasta la revolución. Las ejecuciones eran públicas. Todavía en las prisiones están las cadenas utilizadas en tiempos del imán.

socialismo "nacionalitario"

Arriba, en los campamentos de ladrillo, los quintos egipcios hacen gimnasia física y mental: los reclutas ingurgitan numerosos cursos de ideología. Sobre el imperialismo. Sobre el colonialismo. Sobre el socialismo árabe. Cada quince días hay concursos con premios: conservas o agua de colonia. Utilizando una expresión de Anouar Abdel Malek, en los ejercicios hay un tono «socialista nacionalitario».

Así, los soldados, en plena praxis en estas montañas, abuchean retóricamente a los ingleses, a los americanos, a Faisal y a la alianza de los feudales árabes. Y a Israel. Y a Burguiba, culpable de tener demasiadas atenciones con Israel. Estos soldados, como todos los del mundo, imagino, sueñan con el próximo permiso: tienen derecho a quince días en Egipto cada dos meses; en la práctica, frecuentemente, los quince días se los conceden cada tres o cuatro meses. En estas alturas grandiosas y solitarias, cuyas costumbres no son, en absoluto, las de los pueblos del valle del Nilo, los soldados egipcios, bien alimentados, pero bien aburridos, piensan en su principal distracción: la excursión a Sanaa.

Esta capital babilónica, «la perla de Arabia», como la llamaban los poetas árabes sin demasiada inspiración, es una mezcla de cines y minaretes, de hospitales, escuelas y zocos. Todo ha surgido en cinco años. Alrededor de Sanaa se extiende una geometría monótona de campamentos militares y campos de aviación egipcios, una red de radar y

de D. C. A. y cohetes ocultos... Acá y allá, se ven restos, con las alas cortadas, de los Yaka del imán; para estar seguro de su empleo, había dejado las carlingas en Sanaa y las alas en otro lugar. No tuvo tiempo de ensamblar los elementos. Por otra parte, había descuidado la formación de pilotos. También desconfiaba de ellos.

Lo dicho: esta protección, esta amplia vigilancia esta tutela de los aliados egipcios hace surgir como por ensalmo la palabra «ocupación». Al recorrer los campamentos, al probar la sopa, se desarrollaban en mi cerebro las imágenes de los campamentos franceses en Marruecos, de los campamentos ingleses en Borneo, de los campamentos americanos en Vietnam, que se superponían, aunque tranquilamente, a todos estos muros defensivos.

entre árabes

En las nuevas arterias de Sanaa —se ha demolido un gigantesco fragmento de la maravillosa muralla de barro desecado para construir un boulevard pavimentado— hay una circulación militar demasiado intensa para que pueda hablarse de paz. Hay saludos y ruidos de sirenas. Puestos de guardia por todas partes. Por ejemplo, aquí, en la puerta Bal el Yemen, se exponían, hace cinco años, sobre unos pedestales, las cabezas de los condenados a muerte ejecutados. Ahora se exponen los programas de los cines. En los nuevos paseos o las viejas callejuelas frescas que huelen a canela y a pinchos morunos, los soldados egipcios, con gorras de mecánicos americanos, deambulan

con o sin armas. En Sanaa, lo mismo que en la costa, no hay hostilidad perceptible entre egipcios y yemenitas. Que los que hablan demasiado a la ligera del «Vietnam de Nasser» recuerden que yemenitas y egipcios son árabes y con frecuencia —lo que es al menos tan importante— shafaitas. La mayoría de los yemenitas no desean la vuelta del imán; los egipcios constituyen un muro de contención. En el Yemen, contra el imán; al Norte, contra Faisal; al Sur, contra el neo-imperialismo británico que amenaza en Aden. Lo cual no impide en absoluto que muchos yemenitas protesten contra la presencia egipcia y pongan en tela de juicio el papel desempeñado por el Presidente de la República, el mariscal Sallal.

Uno de los escasos intelectuales yemenitas me decía un día:

—El paternalismo egipcio es más difícil de soportar que la presencia militar —Indispensable— de la R. A. U.

Y este republicano, muy progresista, añadía:

—¿La solución? Asesinar a Sallal.

OLIVIER TODD

PROXIMO CAPITULO:

**SALLAL SE
EXPLICA**